



OBRAS DE RECONOCIMIENTO A JACQUES MARITAIN



JACQUES MARITAIN Y EL MISTERIO DE ISRAEL

Marcel-Jacques Dubois, O.P.

(Teólogo, Filósofo, Profesor Emeritus
de la Hebrew University de Jerusalem)

Extractado de una conferencia del Padre Dubois, pronunciada con el auspicio de la Sociedad Hebraica Argentina, en el acto conmemorativo del 40 Aniversario de la creación del Estado de Israel, realizado en Córdoba el 27 de Abril de 1988.

1. JACQUES MARITAIN Y LA TRAGEDIA DEL PUEBLO JUDÍO

Maritain ha escrito la mayoría de sus textos antes de la Segunda Guerra Mundial. Los acontecimientos que siguieron, la vida del mundo, la vida de la Iglesia, han confirmado ampliamente el valor profético de estas intuiciones. Ellas eran en verdad proféticas, por la lucidez sobre los determinismos malvados que el orgullo y la locura del hombre, en particular del delirio nazi, han introducido en la historia. Y por la imperiosa invitación a la Compasión, a la comunión al destino de Israel, dentro de la tragedia que se preparaba para el Pueblo Judío.

De su sentido profético citaré solamente dos testimonios. El primero es de 1938. Jacques Maritain veía venir la catástrofe, el paroxismo del odio, el delirio del antisemitismo.

«Para fomentar aún más el fuego malévolo que consume a los pueblos, hay, en la Europa de hoy, aquellos que desean la exterminación y la muerte, y en primer lugar el exterminio de los judíos - porque de eso se trata en definitiva, ¿no es cierto? - y quienes, bajo la apariencia estúpida del cientifismo racista o de los documentos fraguados, disimulan a los otros hombres y a veces a ellos mismos la loca esperanza de una masacre general de la raza de Moisés y de Jesús.

«Esta masacre sigue siendo un sueño. Los gérmenes del odio de los que está llena la atmósfera, son una realidad. Hará falta mucho amor, espíritu de justicia y caridad para sanear esta atmósfera.»

Lo que también preveía él, esperando contra toda esperanza que un presagio tan funesto no se volviera realidad, se abatió sobre el mundo y sobre el pueblo judío. He aquí el grito de alarma y de angustia que él lanzaba el 8 de Septiembre de 1942 desde América, donde él mismo estaba exiliado:

«Mis amigos judíos, hermanos míos, permitid que un cristiano os exprese no sólo la compasión, sino también el respeto sagrado que le inspiran vuestros dolores. En el abismo de sufrimiento en el que estáis sumergidos, vosotros de Israel, del pueblo a quien le fueran hechas las promesas de Israel, del pueblo a quien les fueran hechas las promesas sin arrepentimiento, del olivo sobre el que las naciones cristianas han sido injertadas. Y es también para las naciones que vosotros sufrís misteriosamente y para esta Francia que es también torturada por los mismos verdugos, liberada y traicionada por los mismos hombres que son vuestros perseguidores».

2. JACQUES MARITAIN Y EL ESTADO DE ISRAEL

Pero Jacques Maritain ha presenciado después de la tragedia, el renacer de Israel y la creación del estado. Prosiguiendo su paralelo incesante entre Israel y la Iglesia, él consideraba por un lado el regreso del pueblo judío a su tierra y por otro el Concilio Vaticano como los dos acontecimientos fundamentales, los dos afloramientos mayores del don de Dios en este siglo XX.

Tocamos aquí el punto más delicado, el más cuestionado, y sin embargo, el más vigorosamente marcado de su pensamiento sobre Israel: el vínculo del pueblo judío con su tierra. El ha vuelto sobre esto varias veces, con la misma fuerza: en primer lugar en un *post-scriptum* escrito en 1964:

«Lo que quisiera remarcar en primer término, es que, por una extraña paradoja vemos hoy día cuestionar a los israelitas, por los Estados que son sus vecinos, el único territorio sobre el cual, a considerar por el espectáculo íntegro de la historia humana, es absolutamente, “divinamente” cierto que un pueblo tiene derecho: porque el pueblo de Israel es el único pueblo del mundo al cual una tierra, la tierra de Canán ha sido otorgada por el mismo Dios, el Dios único y trascendente, creador del universo y del género humano. Y lo que Dios ha dado una vez, ha sido dado para siempre.

«Por lo menos, este don de la tierra de Canán a las tribus de Israel, por decreto divino, es materia de fe para los cristianos como para los judíos. La fe cristiana sostiene efectivamente que el Espíritu Santo es el autor principal de la Escritura y tan grande como se puede hacer el rol instrumental interpretado en la redacción de ésta por el condicionamiento humano, costumbres y mentalidad de tal o cual época donde se hacen valer la exégesis y la historia, siempre continuará, quedará que la intención del autor inspirado por el Espíritu Santo no tendrá ninguna duda: el Creador del cielo y de la tierra ha donado la tierra prometida a los judíos por un decreto de Su voluntad.

«Y creo que aún para aquellos israelitas que han abandonado toda creencia religiosa, esta certeza, aún si ha sido relegada al inconsciente, es la raíz inquebrantable de su convicción de que al volver a Palestina, es a su hogar a donde se han venido a establecer. Y los gobernantes de las naciones que se dicen aún cristianos, tienen también, sin duda, – más o menos vagamente, aún si su fe personal es débil o nula – un oscuro presentimiento del derecho que Israel tiene del mismo Dios a existir y ser reconocido como nación sobre la tierra a las puertas de la cual fue conducido por Moisés.

«En cuanto al mundo musulmán para el cual sólo el Corán tiene plena autoridad de documento revelado, no se sabría ciertamente contar con que la Biblia haya dejado en él huellas semejantes. Por lo menos, estando habituado a venerar él mismo de una manera particular los mandamientos positivos de Dios,

podrá él reconocer que Israel, aún suponiendo que esté equivocado, tiene, en su perspectiva a él, el fundamento más adecuado para establecer una convicción de buena fe, que sus vecinos se deben tratar como tales, en el marco de una discusión razonada y exenta de cólera y de menosprecio.

«Parece además, que el mundo musulmán podría también en virtud de esta resignación al acontecimiento testigo de la voluntad de Alá, que es un rasgo tan profundamente característico del Islam, decidirse un día, sin demasiada pena, a “dar” a los judíos, aquello que, desde su punto de vista con respecto a él, considera como suyo, pero del que Dios, por el acontecimiento decididamente ocurrido, y por el bien de la paz del mundo, le demanda hacer abandono.

«Tales consideraciones pueden parecer perfectamente utópicas a los “realistas” cuyo ojo está fijo en el momento presente. Ellos pueden también inclinar la razón a suponer que si las grandes naciones no llegaran a envenenar las cosas por la rivalidad de sus intereses, el diálogo sobre el tema del regreso de los judíos a Tierra Santa, entre la descendencia de Ismael y la de Isaac y Jacob tendría alguna posibilidad de establecer y de llegar a un acuerdo, evidentemente necesario si se debe descartar el riesgo de las catástrofes mundiales».

Este texto ha adquirido una singular actualidad después de la Guerra de los Seis Días. Fue tan citado o criticado, a favor o en contra de Israel, en un contexto de pasión política, que Jacques Maritain ha vuelto sobre el tema, con más vigor aún en su obra sobre “La Iglesia, su persona y su personal” en 1970.

«Como yo lo escribía en ‘El Misterio de Israel’, es una extraña paradoja la de ver cuestionado a los israelitas “el único territorio al cual, a considerar por el espectáculo entero de la historia humana, sea absolutamente, “divinamente” cierto que un pueblo tiene derecho incuestionablemente, porque el pueblo de Israel es el único pueblo en el mundo al cual una tierra, la Tierra de Canáan ha sido dada por el verdadero Dios, el Dios único y trascendente, creador del universo y del género humano. Y lo que Dios ha dado una vez, lo ha dado para siempre.

«Al hablar así yo no hacía del Estado de Israel un Estado de derecho divino, como algunos han pretendido. El Estado de Israel, en tanto que Estado, no es más que un estado como cualquier otro. Pero el regreso de una parte del pueblo judío y su reagrupamiento en Tierra Santa (donde la existencia de este Estado

es el signo y la garantía), he aquí el re-cumplimiento, a nuestros ojos, de la promesa divina que no tiene arrepentimiento.

«En pocas palabras, me acuerdo de lo que fue dicho a Abraham, a Jacob y a Moisés y lo que anunció Ezequiel: no es que yo haya considerado la fundación del Estado de Israel como una especie de prólogo a la realización de esta profecía (de eso no sé absolutamente nada, aunque eso sea posible, sino a fin de guardar en mi espíritu el respeto debido a los designios de Dios. Y no dudo que el acontecimiento tan enigmático como puede ser tanto para judíos como para cristianos, lleva en él la marca del amor fiel y de la piedad de Dios hacia ese pueblo que es siempre el suyo.

«Me parece, desde entonces, que una vez que el pueblo judío ha vuelto a poner el pie sobre la tierra que Dios le ha donado, nadie podrá arrancársela nunca más; y que desear la desaparición del Estado de Israel, es querer arrojar a la nada ese regreso que ha sido finalmente acordado al pueblo judío, que le permite tener un refugio en el mundo.

«En otras palabras, es – de otra manera, pero igual de grave que la del antisemitismo ordinario – querer que la desgracia se ensañe todavía con este pueblo y que una vez más sea víctima de una agresión inicua. El “anti-israelismo” no es nada mejor que el “anti-semitismo”».

Su pensamiento es claro. Sería bueno que los cristianos se refirieran a él en el período por el que atravesamos. Jacques Maritain había percibido que el vínculo del pueblo de Israel con su tierra es mucho más profundo que el sionismo político y que es completamente diferente del naturalismo conquistador con el cual se lo suele caricaturizar. Y sin embargo, tan cerrado como puede ser, su pensamiento tiene algunos matices.

A los ojos de Jacques Maritain la existencia del Estado de Israel no implica la supresión de la Diáspora. El lo escribía ya en 1943 y ha vuelto sobre este tema en 1964. En lo que concierne a los judíos, se produce un cambio paralelo, me parece, en la actitud de muchos de ellos frente al cristianismo. Aparece en ellos una tendencia a reivindicar a Cristo como alguien de su propio pueblo, aún a reconocerlo como la figura judía más pura de la historia humana. Algunos de sus pensadores tratan de reintegrar al Evangelio en la fraternidad de Israel. Por otra parte, ellos constatan que la simple asimilación, que asegura a los judíos

sus derechos humanos pero poniendo en peligro su identidad como pueblo, no está expuesta a menos fracasos que la solución medieval que aseguraba su identidad pero los privaba de la igualdad de derechos reclamados por la persona humana.

En cuanto a la solución sionista, ella llega sin duda en su momento a los más nobles títulos de justicia, pero ella no es aplicable a la masa entera de Israel. Si se le permite a un no judío adelantar una opinión sobre este gran problema, explicaré aquí, con todas las reservas que convienen en tales casos, mi esperanza de que los miembros del pueblo judío, al recuperar plenamente la igualdad de derechos como hombres y como ciudadanos en las naciones, elijan preservar su identidad al reconocer y distinguir cada vez mejor el valor espiritual y el dinamismo espiritual del sentido que ellos tienen como instintivamente de su cohesión y de su vocación como pueblo.

«Ellos mantendrán de esta forma los rasgos distintivos y la consistencia histórica de su pueblo, por el poder del testimonio entregado a su vocación espiritual en el mundo y no, por cierto, aislándose de las naciones, sino por el contrario, estando unido con ellas en las relaciones más estrechas. Ya se trate de la comunidad nacional sionista que coopera con los Estados políticos dentro del nuevo orden internacional o bien de los ciudadanos judíos que participan en el bien común y en las tareas comunes de cada Estado político.

«Seguramente la actitud en la que pienso, supondrá en las almas de la audiencia religiosa que sea suficientemente fuerte – su misma fe tanto en su Dios como en su misión, tan implícita – que ella puede tomar, desde una simple sed de realidades espirituales de la cual permanece ausente toda certeza intelectual definida, hasta la fe judía más ortodoxa.

«Tal actitud, si llegara a prevalecer en el seno de la conciencia judía en el mundo del mañana semejanza con la de los cristianos – naturalmente difícil y menos compleja, por causa del carácter netamente supra-nacional de la Iglesia – en lo que respecta a la relación entre la comunidad cristiana universal y los diversos Estados en los cuales los cristianos son ciudadanos».

De la misma forma por la Iglesia extendida por el mundo entero, el pueblo judío desparramado a través del mundo juega un rol universal; la tensión entre el Estado de Israel y los judíos del mundo entero no puede sino ser fecunda. Se

observa que Jacques Maritain es fiel a su intuición original. El aplica aquí aún el paralelo que le parece tan esclarecedor entre la situación de Israel y la de la Iglesia con relación al mundo.

Una vez más, él incentiva hasta el fin, las exigencias de su intuición en la perspectiva abierta por el Humanismo Integral. Se pregunta si el éxito del Estado de Israel, a la vez que uno lo ha visto espiritual e histórico, no será un ejemplo para el difícil equilibrio de toda política de inspiración cristiana en este mundo.

Y quien sabe, por otra parte, si el problema de un Estado democrático “secular” o “profano” pero auténticamente cristiano por su inspiración, no sea el Estado de Israel quien habrá de mostrar en primer lugar, analógicamente, cómo el mismo puede ser resuelto si llega a ser efectivamente aquello que es llamado a ser: un Estado democrático “secular” o “profano” pero auténticamente “judío” por su inspiración?.

Este es el pensamiento de Jacques Maritain sobre el judaísmo y el destino judío. Tal fue, a todo lo largo de su vida, su testimonio sobre el tema de Israel. Un testimonio que los acontecimientos no han hecho sino reforzar, una doctrina que se ha explicado de forma cada vez más clara.

Pero presiento la pregunta qué podrían hacer, en particular, nuestros amigos judíos: Jacques Maritain ¿ha sido comprendido? ¿Ha sido escuchado solamente por los cristianos a quienes él se dirigía? A esta cuestión responderé primeramente que Maritain ha conocido durante toda su vida la soledad paradójica de todos los profetas. Como ellos – y el cristiano que yo soy se permite agregar: como Jesús mismo –; ha tenido amigos y enemigos en todos los medios y en todos los campos, humildes y poderosos, pobres y ricos, conservadores y progresistas, judíos y cristianos.

Raissa Maritain ha podido escribir el diario del itinerario espiritual de ambos bajo el maravilloso título: ‘Las Grandes Amistades’. Y él está seguro que los “Domingos de Meudon” han recibido y reunido, llegando desde todos los horizontes del arte y del pensamiento, a personalidades extremadamente diversas. Pero él está igualmente convencido de que la vida los ha dispersado, y que a veces los ha vuelto en contra de aquellos que les recibían.

Los Maritain han conocido muy temprano la experiencia de la soledad. Desde el comienzo, en medio de una Francia intelectual todavía marcada por la influencia de Renán, su vuelta a Dios ha aislado a este pequeño hijo de Jules Favre. Un poco más tarde aquellos que habían sido junto con él, los entusiastas oyentes de Bergson, han considerado como una traición la crítica que él ha hecho de la filosofía bergsoniana. La paradoja es que su tomismo lo hacía excluir del pensamiento oficial así como su maestro lo había sido también.

En el mundo católico en el que ingresó, Jacques Maritain no tuvo sólo partidarios. Algunos no le perdonaron jamás su ruptura con Maurras y la Acción Francesa. Es quien más sufrió, sin duda, por este desgarrón, causado por las pasiones políticas dentro de las filas de los católicos de Francia.

Se puede decir que él nunca fue totalmente comprendido por aquellos que pensaban que el Maritain de 1967, el de 'El Campesino de la Garona', era diferente de aquél que en 1936 escribía 'Humanismo Integral', como tampoco por aquéllos que pensaban que el Maritain de 1936 traicionaba a aquél que en 1921-22 había escrito 'Antimoderno'.

¿No es significativo también, que haya sido más conocido en el extranjero, en Canadá, en Princeton, en Roma, en la Universidad de Columbia, que en su propio país, donde maniobras extrañas le han cerrado el acceso al Colegio de Francia?

Maritain era consciente de esta soledad. Si uno le hubiera hablado al respecto, él habría contestado simplemente: *magis amica veritas* (tanto más amigo de la verdad). Es un aislamiento semejante el que le ha costado sus posiciones sobre el tema de los judíos y de Israel. Yo he escuchado bromas de dudoso gusto sobre el hecho que su mujer era judía. Maritain habría visto en ello simplemente una manifestación del destino singular y dramático que él trataba justamente de hacer comprender: la soledad de Israel. Sí, es preciso reconocer que Maritain no ha sido ni escuchado ni comprendido. Sus ideas comienzan a aflorar – lentamente pero con seguridad – en los documentos que expresan el pensamiento de la Iglesia. Pero hubiera sido necesario el tiempo de la paciencia.

No es Maritain quien es el responsable de esta lentitud o de este silencio; es la realidad misma de la cual él habla. Como Bernanos, este otro compañero

de ruta, a veces difícil, que decía: «No es mi canción la que es eterna sino lo que yo canto». Maritain hubiera podido decir en relación a sus escritos sobre el judaísmo: «No es mi mensaje el que es misterioso, sino lo que trato de explicar».

Se descubre, en efecto, que cuando se trata de Israel, la verdad es tan profunda y tan simple, que parece condenada, desde que uno habla de ella, a la ambigüedad, al malentendido, a la polémica.

Es como si, a imagen del Patriarca Jacob mismo, todo discurso sobre Israel estuviera marcado por una claudicación original. Tal es, tal vez, la razón de las reservas o del silencio con que han sido recibidos los escritos de Maritain sobre los judíos. Su debilidad viene, en primer lugar, de que ellos tratan de decir lo indecible, explicar lo inexplicable, justificar lo que no tiene discusión.

Como lo hemos observado al pasar, las almas de oración no se han equivocado en eso. Impresiona, en efecto, el hecho de que son los contemplativos, monjes y frailes (muchos de ellos han descubierto su vocación en ocasión de su encuentro con los Maritain) aquellos a quienes la realidad les basta y quienes han recibido los escritos de Maritain sobre Israel con la mayor complacencia y la mayor alegría.

Es que se trata exactamente de una verdad que pertenece al silencio porque ella revela la fe en su espontaneidad más pura y más luminosa. Es en el nivel de la oración donde es necesario colocarse para entender el sentido.

Hemos visto que Maritain era consciente de esta exigencia y que él la colocaba en el principio de su búsqueda. Si él no ha sido comprendido, es porque la realidad que trataba de delimitar estaba ella misma, como lo explicaba el Apóstol Pablo, en el éxtasis, profundamente misterioso. Y misterioso además por su incidencia en la historia. Se trata del designio de Dios, tal como se manifiesta en los complejos entremezclados del destino de los hombres.

Está claro que, sobre estos difíciles problemas, el pensamiento teológico está aún investigando. Por lo menos se hubiera podido recibir todo lo que Maritain ha escrito sobre el destino judío, sobre la misión actual de Israel, sobre la permanencia de la elección, sobre la relación entre Iglesia y la realidad judía, como tantas preguntas hechas a la conciencia cristiana, relativas a la verdad fundamental.

Se le ha reprochado sobre todo a Maritain el haber mezclado sin discernimiento suficiente lo religioso y lo político; digámoslo claramente: el Israel de la Biblia y el Israel de hoy en sus consideraciones sobre el vínculo del pueblo judío con su tierra. Reproche extraño cuando se dirige a aquél, que en ‘Humanismo Integral’ ha demarcado tan prolijamente la distinción entre lo sagrado y lo profano en el tema de la civilización cristiana.

Es cierto que aquí tropezamos con una paradoja fundamental, inherente a la naturaleza de las cosas, en cuanto se trata de Israel: la unidad singular de la religión y del pueblo. Israel es originalmente, dentro del plan de Dios, tal como se manifiesta en la Biblia, un pueblo con vocación religiosa y cuya religión está, se quiera o no, ligada a su existencia en tanto que nación. Si es cierto que la tensión entre estos dos polos caracteriza a la identidad judía, hay que reconocer entonces, que ella plantea a quien la observa desde afuera, una cuestión difícil desde todo punto de vista.

Difícil para el teólogo de la historia de la salvación que ve el destino de Israel dentro de la perspectiva universal del designio de Dios. Difícil en sus consecuencias políticas, cuando la dimensión religiosa sirve para justificar el regreso del pueblo a su tierra.

El interés de la reflexión de Jacques Maritain es que él reacciona muy objetivamente ante esta paradoja esencial y que él muestra en qué espíritu lo debe abordar la conciencia cristiana. Es en efecto imposible de entender la realidad judía sin confrontar los aspectos múltiples y complejos: religión y nación, concentración y diáspora, identidad particular y vocación universal. Maritain nos proporciona los instrumentos o más bien la clave para reencontrarnos allí.

Para explicar, en efecto, las exigencias de un suceso, tan paradójico, nosotros podríamos recurrir, como lo anuncié al comienzo, al título que ha dado a uno sus más grandes libros: ‘Distinguir para unir’ es una regla de oro en el dominio complejo y misterioso de la realidad judía. Una percepción justa de ella, como religión y como pueblo, en su tierra como en su dispersión, en su singularidad como en su apertura al universo, demanda ciertamente que uno esté atento, al mismo tiempo a “distinguir” estos elementos siempre presentes. Creo que por el juego múltiple de estos tres pares, es posible entender la infinita variedad de formas en las que la conciencia judía se da cuenta de ella misma.

¿Cómo ejercer una mirada semejante, si no es desde el interior, en el eje mismo de la subjetividad judía, tratando de percibir la existencia judía como el alma judía misma la percibe, a la luz de su tradición, con la experiencia de su larga historia, según la conciencia de su destino particular?

Esto es lo que Jacques Maritain ha tratado de hacer incansablemente. Es a esto a lo que él ha invitado a la conciencia cristiana. Es justamente a esta actitud olvidada durante demasiado tiempo, aunque está en la precisa actitud evangélica, a lo que nos han invitado los documentos recientes de la jerarquía católica, la declaración 'Nostra Aetate' del Concilio Vaticano II, la de los obispos franceses en abril de 1973, las Orientaciones de la Comisión romana para las relaciones con los judíos, en enero de 1975.

Se descubre, incuestionablemente, en estos textos oficiales, la influencia del pensamiento de Jacques Maritain. El no ha trabajado en vano. He aquí la Iglesia entera urgida de renovar su mirada sobre la realidad judía y sobre el misterio de Israel.

